

LA MODA Y EL ARTISTAS

LA MODA ELEGANTE

PERIÓDICO ESPECIAL DE SEÑORAS Y SEÑORITAS, INDISPENSABLE EN TODA CASA DE FAMILIA

PUBLICA LAS ÚLTIMAS MODAS DE PARÍS EN EXCELENTES GRABADOS—ARTÍSTICOS FIGURINES ILUMINADOS—CONSIDERABLE NÚMERO DE PATRONES TRAZADOS AL TAMAÑO NATURAL—MODELOS PARA TODA CLASE DE LABORES Y BORDADOS—CRÓNICAS—NOVELAS, ETC., ETC.

SE PUBLICA EN LOS DÍAS 6, 14, 22 Y 30 DE CADA MES

Administración: Alcalá, 23, Madrid.

Madrid, 6 de Diciembre de 1893.

Año LII.—Núm. 45.

SUMARIO.

TEXTO.—Revista parisiense, por V. de Cassa-
telido.—Explicación de los grabados.—
Crónica de Madrid, por el Marqués de
Valle-Alegre.—Luchas del corazón (conti-
nuación), por D.ª Antonia Opisso.—Conce-
pciones mutuas, por D. Lucas Díez.—La
Virgen María, soneto, por D. Alfredo Ule-
cia.—Correspondencia particular, por doña
Adela P.—Explicación del figurin ilumi-
nado.—Sneitos.—Importante.—Anuncios.
GRABADOS.—1 y 2. Capota de cintas.—3 y 4.
Esclavina de terciopelo y paño.—5 y 6.
Chaqueta para señoritas.—7. Vestido (sin
salida de baile).—8. Traje de calle.—9 y
10. Vestido de paño.—11 y 12. Vestido de
raso y terciopelo bordado.—13. Vestido de
moaré-pekín.—14. Salida de baile.—15 a 17.
Muneca inglesa.—18. Abrigo con esclavina
y capucha para niños de 7 á 9 años.—19 y
20. Vestido de casa para niñas de 3 á 4 años.
21. Rotonda forrada de pieles.—22. Acero-
pájaro.—23. Rejadera.—24. Avirgo de seda.
—25 á 27. Arandelas para botellas ó frus-
cos.—28 y 29. Abrigo de paño y terciopelo
forrado de pieles.—30 y 31. Abrigo de lana
plegada y capota para niñas de 3 á 5 años.
—32 y 33. Vestido guarnecido con astrakán.
—34. Traje para señoritas de 14 á 16 años.—
35. Muneca-bébé con su canastilla.—36. Ces-
ta para papales.—37 á 39. Tres mangas.—
40. Traje de calle.—41. Traje de ceremonia
para señoras de cierta edad.—42 y 43. Vesti-
do de paño.

REVISTA PARISIENSE.

SUMARIO.

Fecundidad de la moda.—Extrañísima
variedad en los detalles.—La hebilla Cris-
pín.—La chaqueta Eton.—Pielos más de
moda.—Detalles de novedad.—El remado
del azabache.—Un modelo de vestido de
banquete.—Continúa el furor de las escla-
vinas.—Consejos útiles.—*Le fils naturel*, co-
media de Alejandro Dumas, representada
en el Odeón.—Las toilettes.

Parece imposible que pueda haber
cada semana algo nuevo que contar,
una nueva acta que levantar de lo que
inventa la moda en su fecundidad in-
agotable.

Y, sin embargo, la cosa es fa-
cil. Basta con hablar unos cuantos minutos con
una señora elegante, ó dar una vuelta
por una casa principal de modas, ó
echar una ojeada á las personas que
pasan por la calle, ó asistir á una re-
unión aristocrática, para reunir inme-
diatamente más documentos de los que
son necesarios.

No vaya á creerse por eso que se
trata siempre de cosas absolutamente
nuevas; muchas de ellas proceden de
las ya conocidas, pero hay siempre una
idea, una interpretación original, iné-
dita, que valen la pena de dar á co-
nocer.

Un ejemplo entre cien: la hebilla
Crispín, la gran hebilla, con que ha-
bíamos adornado tantos sombreros, ha
mudado repentinamente de sitio. No
es en sí misma una novedad; pero el
modo como ahora se la emplea es nue-
vo. En primer lugar, en el cuello, pa-
sada sobre un bias de terciopelo, pro-
duce un efecto excelente, y hasta se
la lleva de piedras del Rhin con los
trajes de *soirée*, en los cuerpos esco-
tados.

Otras veces se la lleva en el pecho,
con un broche, sobre un fichú ó para
sostener unos tirantes de cinta. Suele



I.—Capota de cintas.
Véase el dibujo 2.

ponerse también dos hebillas en los
hombros, en medio de un lazo.

Las formas de nuestros vestidos no
son nada en sí; lo que los hace intere-
santes es los adornos, los detalles de
su confección. En lo que se refiere á las
faldas, he dicho todo lo que habia que
decir. Cuanto á los cuerpos, conocemos
todos los que hasta ahora se disputan
el imperio de la elegancia. Cuerpo re-
metido en la falda, chaqueta Eton,
cuerpo con aldetta ondulada, etc., etc.
Nada más de nuevo por ahora.

Pero lo que se renueva diariamente
son los bordados, las aplicaciones, las
riquezas de todo género con que se
los adorna.

La chaqueta Eton, de pieles, es el
non plus ultra de la elegancia. Con un
vestido gris se lleva el Eton de chin-
chilla; con uno negro, de astrakán; con
uno marrón, se prefiere la marta ó la
nutria. Sin embargo, es inútil añadir
que esas chaquetas, que no tienen man-
gas, pueden llevarse alternativamente
con todos los vestidos.

El astrakán y el caracul son los que
se emplean más corrientemente. La
marta y el bisonte son sumamente lin-
dos, en forma de cuellos vueltos y so-
lapas anchas.

Los fabricantes se han dedicado este
año á producir unos tejidos ligeros,
pero de aspecto áspero, los cuales pa-
recen gruesos y pesados y son ligeros
como la pluma, siendo además casi
transparentes; especie de estameño
como cañamazo de dos colores, que
forman un puntillado. Los pliegues
que se forman con estas telas son re-
dondos, bien sostenidos, y sorprende
cuando se tiene en cuenta la ligereza
del tejido.

Así, nuestras modistas han sacado
partido de la flexibilidad de estas telas
para componer unos paños y unos re-
cogidos de la mayor elegancia, que
imitan el *pepto* antiguo. Los paños de
la falda, simplemente reunidos, van
dispuestos en pliegues numerosos, for-
mando unas caídas con largas puntas
sumamente artísticas. Es un retorno
muy significativo hacia las dobles fal-
das de antaño.

He hablado ya de los bordados, cuyo
uso es considerable. Y no hay nada que
mejor se justifique. El azabache, prin-
cipalmente, es el rey en la actualidad.
Se le emplea de mil modos: en apli-
caciones sobre los cuerpos, sobre las
confecciones, en lluvias, en lenteju-
elas, cabochones y cordoncillos. Y no es
solamente en las telas oscuras donde
se le emplea, sino también, y más que
nada, en las telas claras, en las cuales
su negro centellante imprime una nota
enteramente rica.

El azabache está permitido hoy hasta
á las señoritas, pues han conquistado
el derecho de vestirse como mejor les
place.

He aquí un vestido de seda blanca y guarnecido con muselina.

La falda es de raso blanco, entera, con dos tablecitos de muselina de seda verde, ribeteados de un encaje de Chantilly. El cuerpo va cubierto de muselina plegada, con mangas compuestas de un bullonado de muselina y dos volantes de guipur blanco laminado de oro. En los hombros van unos tirantes anchos de bordado de azabache calado, con tres caídas del mismo azabache. Estos tirantes van fijados en la cintura.

Siguen muy de moda los cuellos y esclavinas cortas, como adornos y complementos de los vestidos. He aquí dos modelos:

Uno de ellos (croquis núm. 1) acompaña á un vestido de lana San Bruno. Se compone de dos esclavinas redondas por delante, y que caen bien sobre los hombros sin pliegues ni fruncidos. Como adorno, un bullonado de terciopelo á todo el rededor, igual á las mangas del vestido.

El otro (croquis núm. 2) va puesto sobre un vestido de *surah* azul marino. Se compone de un simple volante al sesgo, guarnecido con dos cintas de terciopelo y montado



Núm. 1.

en el borde de un canesú de terciopelo, cerrado con cordones de pasamanería. Diríase que no se está bien vestida sin estas esclavinitas, y todos los vestidos se hallan provistos de ellas.

Algunas personas tienen por sistema absoluto el creer que no se debe lavar la cara con otra cosa que con agua fresca. Es un error, como todos los sistemas absolutos. Hay naturalezas diferentes que exigen un tratamiento apropiado á su complejión.

El cutis de las rubias, de un tejido que se dilata fácilmente, debe lavarse con agua fría, adicionada de agua de Colonia de excelente calidad, á fin de apretar los poros.

Para el cutis de las morenas, cuya piel es de tejido más apretado, se debe emplear agua templada, en la cual se echará un poco de polvos de almidón ó de almendras.



Núm. 2.

Después de esto, se hará una aplicación de polvos crema de fresas, cold-cream superior que posee cualidades tónicas y refrescantes muy intensas, y que tiene la ventaja incomparable de convenir á todos los cutis. Se la enjaja unos cuantos minutos después, y se pone luego una ligera capa de polvos de Cypri.

Nos ha comunicado estas útiles noticias Mr. Guerlain, el conocido perfumista de la *rue de la Paix*, núm. 15.

Los trajes de las actrices del teatro del Odeón que han tomado parte en la representación de *Le fils naturel*, de Alejandro Dumas, merecen particular mención.

Acto primero.—Mlle. Lyra: Vestido de muselina blanca



Núm. 3.

sobre viso de raso blanco. En el borde inferior de la falda un bullonado, por el cual se pasa una cinta de raso color de rosa. Bullones en el escote y en las mangas. Un adorno de cinta de raso color de rosa cae flotante en el lado izquierdo (croquis núm. 3).

Acto tercero.—Mlle. Gerfant: Falda abierta, de seda tornasolada color de albaricoque, guarnecida de dos rizados á lo largo de los delanteros. Delantal de muselina de seda color de paja, adornado con dos entredoses de encaje. Cuerpo de seda tornasolada, con cuello grande, fruncido, de la misma tela, cubierto de muselina de seda. La manga va sujeta por encima del codo con un rizado, y termina en un volante doble de muselina de seda (croquis núm. 4).

Acto cuarto.—Mlle. Gerfant: Vestido de bengalina color de rosa, listado de entredoses de guipur moreno y terminado en unas rosáceas de bengalina. Toda la falda se compone de pliegues encañonados, y los entredoses van puestos entre los pliegues. El cuerpo va guarnecido con un peto



Núm. 4.

plegado de muselina color de rosa. La manga se compone de dos bullones. En los hombros van unos *jockeys* de muselina de seda (croquis núm. 5).

Paris, 2 de Diciembre de 1893. V. DE CASTELFIDO.

EXPLICACIÓN DE LOS GRAEADOS.

Capota de cintas.—Núms. 1 y 2.

va cubierta de cintas de pekin negro y blanca sobre el fondo, y guarnecida con un lizo de color de cereza, sujeto con una hebilla de acero de mucho de fantasía.

Si se quiere un sombrero más de invierno, se pueden reemplazar estas cintas con terciopelo liso ó tornasolado, negro ó de color. Las bridas son del mismo terciopelo que el lazo.

Esclavina de terciopelo y paño.—Núms. 3 y 4.

Se hace esta esclavina de terciopelo negro y paño, también negro, y se la guarnece con una pasamanería-fleco de bolas de azabache. Se compone de una esclavina de terciopelo en forma de pantalla, y otra muy corta de paño liso, cortada del mismo modo. Cuello vuelto de terciopelo formando pliegues huecos y rodeado de pasamanería. El escote va adornado con una boa de plumas negras.

Tela necesaria: 5 metros de terciopelo y un metro de paño.

Chaqueta para señoritas.—Núms. 5 y 6.

Es de paño negro, y va forrada de raso de color y adornada con solapas de terciopelo negro, que se abren sobre una chorrera de encaje. Esta chaqueta es ajustada por detrás y en los lados. La chorrera va fijada sobre una especie de chaleco de seda negra, que se pega á la chaqueta é impide que los delanteros se separen.

Tela necesaria: 2 metros 50 centímetros de paño, de un metro 30 centímetros de ancho, y 80 centímetros de terciopelo.

Vestido (sin salida de baile).—Núm. 7.

Este vestido es de *surah* color de rosa. La falda, que es redonda, va cubierta de tul blanco y guarnecida en el borde inferior y á media altura con un rizado de tul plegado en



Núm. 5.

forma de abanico, en el cual se fijan unos lazos de cinta de faya estrecha verde y color de rosa. En el rizado superior principian tres veces tres cintas que van hasta el borde superior y forman la continuación de la guarnición de cintas puesta sobre el cuerpo. El cuerpo, corto, es de *surah* color de rosa, va cerrado por detrás y cubierto de tul en forma de blusa. Se le guarnece con mangas cortas. La abertura en redondo va adornada con un rizado, en el cual se fijan unos lazos. El cuerpo va rodeado de un cinturón de cinta estrecho, cuyas extremidades caen por detrás.

Traje de calle.—Núm. 8.

Vestido de paño beige y chaleco de paño blanco. Falda adornada con pespuntos, y cuerpo sin aldetas, compuesto de un delantero que forma chaquetilla Figaro cruzada, la cual va abrochada en la derecha y ajustada con pinzas, y cuya parte inferior va recortada sobre un chaleco de paño blanco, ajustado; lados de delante, espalda y lados de espalda de cuerpo ordinario. Mangas de 1830, con aletas de paño pespunteado. Cuello alto ribeteadado de pluma.—Sombrero de terciopelo tornasolado verde y color Magenta.

Tela necesaria: 7 metros de paño beige, y 50 centímetros de paño blanco.



3 y 4.—Esclavina de terciopelo y paño. Espalda y delantero.



7.—Vestido (sin salida de baile). Véase el dibujo 14.



5 y 6.—Chaqueta para señoritas. Espalda y delantero.



8.—Traje de calle.



9 y 10.—Vestido de paño. Espalda y delantero.

ción en el gran mundo madrileño: el Sr. Radowitz, embajador de Alemania, y la que lleva dignísimamente su nombre y es dulce compañera de su vida un cuarto de siglo hace. Ni el ilustre diplomático ni su familia habían hecho invitaciones especiales, y, sin embargo, los salones del precioso hotel de la Condesa de Carvajal—donde provisional é interinamente se halla establecida la Embajada alemana—estaban llenos de damas hermosas, de personajes importantes.

Todos los Embajadores y Ministros de las principales potencias—el de Austria, el de Francia, el de Rusia, el de Portugal—estaban allí, en unión de sus secretarios y agregados.

Igualmente se veían á sus respectivas familias y al círculo íntimo de los Sres. de Radowitz, que llenaron su morada de canastillos, de ramos de hermosas y perfumadas flores, procedentes de la tienda famosa de Anselmo Abajo.

También se hallaban expuestos los presentes que los dos esposos habían cambiado entre sí, cual testimonio de acendrado amor.

El marido regaló á su consorte una rica corona de mirtos, de plata; una sortija de zafiros y brillantes, y un abanico cuya cabritilla representaba el sagrado sitio donde recibieren la bendición nupcial.

No era menos delicado ni valioso el recuerdo de la virtuosa esposa: consistía en un candelero de plata repujada, con seis preciosas miniaturas representando las épocas memorables de la existencia de ambos cónyuges—en una se les veía en la niñez, en otra en la adolescencia, en la última en su estado actual.

Sus hijas habían contribuído á la conmemoración de tan importante suceso: una, con los retratos al óleo de sus padres, maravillosos de semejanza y exactitud; la otra, con un centro de mesa argentino, de igual gusto que riqueza.

El representante del emperador Guillermo y su esposa se mostraron muy reconocidos al interés y al cariño de sus amigos, obsequiándoles luego con un té, servido elegante y espléndidamente.

Otros varios matrimonios se anuncian y preparan: antes de que se publiquen estas líneas—hoy mismo—se unirán con vínculos eternos el Marqués de Esquivel y la hija mayor de los de Aguilafuente.

La mayor también del académico de la Española D. Pedro de Madrazo se casará, á principios de Enero próximo, con el Sr. Pando, persona muy estimada en los círculos elevados.

En fin, el Conde de Casa-Eguía ha pedido y obtenido la mano de una de las hijas de los Marqueses de Guadalmina, residentes por lo común en París.

Corto espacio nos queda para dar cuenta de las novedades teatrales, que han sido muchas é importantes en la última quincena.

En el regio coliseo han vuelto á cantarse—con éxito feliz—dos óperas de las más aplaudidas del repertorio italiano: *La Traviata*, de Verdi; *La Africana*, de Meyerbeer.

Ambas han proporcionado gloriosos triunfos á los artistas encargados de su interpretación.

La Darcée continúa siendo el ídolo del público, por sus notables facultades, por su expresión dramática, por su talento musical.

En el primer acto de *La Traviata* con gracia verdadera; cantó el dúo con Alfredo de una manera deliciosa, é hizo prodigios de agilidad en el aria con que termina el acto primero.

En los siguientes no alcanzó menos aplausos ni menos ovaciones: el dúo con el barítono se le proporcionó abundantes, y en las escenas del final de la ópera se mostró actriz distinguida y apasionada.

De Marchi es siempre el tior simpático é inteligente hacia quien los espectadores sienten verdadero y profundo aprecio.

Para él hubo también llamadas repetidas á las tablas, y otras muestras ruidosas de aprobación.

El barítono Pini Corsi ha sido bien recibido por el público, mereció á su excelente voz, á su buena escuela y á su celo.

Asimismo él mereció señaladas muestras de agrado en varias ocasiones, y particularmente después de su dúo con Violeta.

No menos lisonjera, no menos brillante acogida ha obtenido *La Africana*, confiada á la D'Arkel, á la Huguet, á Marconi y Menotti.

La primera, restablecida de larga indisposición, hizo gala de su arte y de sus facultades: la Huguet prestó relieve al personaje secundario de Inés, sobre todo en el *settinimo* del segundo acto.

Pero el que logró gran victoria fué Marconi, que venía á recordar un insigne difunto, al cual nadie ha podido olvidar á pesar de haber fallecido algunos años hace.

En efecto, el recuerdo de nuestro compatriota Gayerre era verdaderamente temible: nadie como él había cantado la parte espínosa de Vasco de Gama; nadie había dejado memoria tan profunda en ella, en particular en la célebre aria *Oh Paradisso!*

Sin embargo, á pesar de estos peligros, Marconi consiguió el resultado más lisonjero, más completo, mereció á su talento y á su voz, en aquella hermosísima pieza, que el público le obligó á repetir en medio del entusiasmo general.

Menotti es un Adamastor pasadero, nada más, y no produjo efecto en piezas que otras veces han sido aplaudidas y repetidas.

El clásico teatro, como llaman algunos al antiguo Corral de la Pacheca, vegeta tristemente sin acontecimiento ni novedades.

Durante un mes nos ha ofrecido obras vistas hasta la saciedad, como *La Escuela de los maridos*, *Por derecho de conquista*, y el inevitable *Don Juan Tenorio*.

¿Para cuándo guarda lo que sin duda deba haberle proporcionado los autores modernos? ¿No se decidirá nunca á que su cartel anuncie alguna composición desconocida del auditorio, ó siquiera menos manoseada que las que hasta ahora ha representado?

Porque estimamos al Sr. Mata le damos este consejo de amigo; pues las empresas, como los individuos, necesitan dar muestras de energía y de vida.

Vea cómo el Sr. Mario no se duerme sobre sus laureles; vea cómo una tras otra nos va dando novedades.

El miércoles último ha estrenado una preciosa comedia de Labiche y Delacour, hábil y correctamente puesta en castellano por el Sr. D. Luis Valdés, quien de tiempo atrás diera pruebas de su competencia para los arreglos y traducciones de obras transpirenáticas.

Los *Pajarillos* ha alcanzado éxito completo, así por su valor literario como por el acertado desempeño de los actores.

Mario y Cepillo fueron los héroes de la función, porque tenían á su cargo los papeles de mayor lucimiento de la obra; pero la Alverá y la Ruiz, Balaguer y García Ortega contribuyeron poderosamente al éxito, que fué legítimo y verdadero, siendo llamados á las tablas así el concienzudo traductor como los intérpretes de la obra.

El Sr. Gaspar nos dió pocas noches antes en Lara una nueva prueba de laboriosidad y de ingenio.

La Casa de baños es una comedia de brocha gorda—muy diferente de las que ha escrito hasta aquí el autor de *Huelga de hijos*—pero que llena las condiciones del teatro donde se ha estrenado.

Hay en ella situaciones cómicas, chistes abundantes, y el *savoir faire* natural en quien ha producido tanto y en largo tiempo.

Los actores de la Corredera de San Pablo la desempeñaron con el celo y la viveza que les son peculiares, y *La Casa de baños* vivirá algunos días en el cartel.

Pero créame el Sr. Gaspar: no cultive más esa literatura bastarda: recuerde sus tradiciones y sus antecedentes, manifestándose consecuente consigo mismo.

La compañía Emmanuel ha terminado sus representaciones en el coliseo de la calle de San Marcos, dejando memoria grata y honrosa, no sólo sus dos principales artistas, sino los demás que les secundaban dignamente.

Amleto y Fedora, composiciones de género muy distintas, han proporcionado dos triunfos insignes á Emmanuel y á la Reiter, dándose á beneficio de cada cual.

La bella actriz italiana recibió, la noche del suyo, multitud de obsequios y regalos de amigos y admiradores; llevando así un recuerdo imperecedero de su estancia entre nosotros, y dejándonos otro no menos duradero de su mérito y de su habilidad.

EL MARQUÉS DE VALLE-ALLEGRE.

2 de Diciembre 1893.

LUCHAS DEL CORAZÓN.

Continuación.

POR eso no te he escrito, ¿qué había de escribirte? ¿Podía yo acaso pensar?

Pero Dios ha recompensado mis lágrimas y los generosos movimientos de mi corazón.

Lee, querida mía, y si me amas, alegrate conmigo. Reverter, después del retraimiento del duelo, pasó por delante de mi casa en dos distintas ocasiones, y se limitó á saludarme tristemente.

El primer día, al verle, no pude contener mis lágrimas; él hubo de notar, se paró un momento, me miró con una expresión indefinible, y prosiguió su camino. Llegó el 2 de este mes.

Yo, todos los años tengo la costumbre de ir al cementerio á rezar por mi santa madre, y á depositar una corona sobre la tumba que guardan sus queridos restos.

Como era muy de mañana cuando entré en el cementerio del Sudoeste, acompañada de mi doncella, aquel hermoso é inmenso recinto de la muerte estaba casi solitario.

Este año llevaba yo dos coronas. Oré largo rato sobre la tumba de, y coloqué una de ellas sobre el mármol tumbar.

Luego registré el cementerio, buscando una lápida que no tardé en encontrar. Corresponde á la agrupación cuarta, vía de San Francisco de Paula, una de las de más reciente construcción. Ante ella deposité la segunda corona, y me hincué de rodillas, orando con sentido fervor.

Tan absorta estaba en mi oración y en mis pensamientos, que no vi ni oí nada de cuanto pasaba en derredor mio.

Cuando me incorporé y levanté la cabeza, otra persona estaba detrás de mí, además de mi doncella.

Era Reverter.

Me miró, tomó mi mano con un movimiento rápido, é imprimió en ella un beso que me la quemó.

Yo, confusa, y sin darme cuenta de lo que hacía, le saludé sin atreverme á mirarle, y salí del cementerio.

Aquella misma tarde, á pesar de que mi tia aseguraba que hacía mucho frío, estaba yo asomada en el mirador.

Pasó la hora del crepúsculo; la noche llegaba.

Había en el cielo algo de la claridad del verano, y aun cuando en Noviembre, me parecía respirar los calurosos efluvios del estío; y es que la dicha da calor al corazón.

Alcé los ojos al cielo, en el que se diseñaban vagamente

algunas estrellas, y vi un hermoso lucero que parecía que me miraba.

Pero una cosa negra que pasó revoloteando por delante de mí, me hizo fijar mis miradas en otra parte.

Era una golondrina que volvía á un nido fenomenalmente retrasado, situado en la cornisa de la casa de enfrente, y oyendo piar á sus hijuelos, que sin duda le daban la bienvenida, sentí una turbación extraña, y bajé los ojos á la calle.

Reverter estaba debajo del mirador.

Al verle, reprimí un grito; bajé corriendo al primer piso de la casa, abrí una ventana, me asomé, él se aproximó, y si las almas pudiesen morir, la mía hubiera muerto al oír estas palabras:

—Mercedes, yo amo á usted.—*Mercedes.*

PARTE SEGUNDA.

Villa San Joaquín, 20 Abril.

¡Qué bueno es Dios, Adela mía! ¡Qué hermoso el mundo, qué alegre la vida, qué dichosa yo! Cuando veo cruzar por los caminos ó detenerse á la puerta de nuestra villa tantos pobres pidiendo limosna, agobiados por toda suerte de calamidades, sobre todo si son mujeres y están solas, me pregunto: ¿Qué he hecho yo para merecer tanta felicidad? Y me parece que robo una parte de ella á esos desgraciados. Entonces me asaltan vagas inquietudes, porque ¿cómo este valle de lágrimas ha de ser paraíso para mí?

Sin embargo, la felicidad no me ha hecho olvidadiza, como supones en tu última carta: tú sí que parece que huyes de mí. Apenas transcurridos unos días de nuestro enlace, hago que Emilio me lleve á Madrid; pero luego tarde, pues á tu familia se le antoja anticipar vuestro viaje á París.

No obstante, puesto que la montaña no quiere venir á mí, yo hubiera ido á la montaña; quiero decir que desde Madrid hubiera hecho que mi marido me llevase á París; mas no pudo ser, porque como toda dicha humana tiene su punto negro, Emilio ha estado muy delicado de salud, y en Madrid el médico le aconsejó que volviese á Cataluña y á nuestra villa del litoral.

Afortunadamente, esta nube que obscurecía mi horizonte se va disipando. Emilio adquiere cada día mayores fuerzas, está cada vez más alegre, y su rostro se colorea con el matiz de la salud.

La vida del campo le sienta perfectamente, siendo ello el complemento de mi felicidad. Mi existencia es una sucesión de goces tranquilos y días placenteros, animados por una idea que sin duda debe ser la principal recompensa de los bienaventurados: la de la esperanza de que no puedan acabar.

No obstante, prescindiendo del deseo de darte un abrazo, falta aún otra cosa á mi felicidad: aunque todavía no has amado, eres mujer; adivinala.—*Mercedes.*

Villa San Joaquín, 3 Mayo.

Querido Juan: ¿Qué he de decirte sino que soy todo lo feliz que se puede ser en el mundo? ¿Qué genio maldad me había inspirado esas ideas fatales que me han atormentado hasta ahora, condenando á dolorosa interminable lucha á mi corazón? ¿Cómo no presentía el encuentro del ángel, como el saboyanito de la balada? Porque mi mujer es un ángel, amigo mio; ángel real, verdadero, al alcance de mi mano, y comparte conmigo la prosa de la vida, poetizándola.

Tú conoces á Mercedes, ó mejor dicho, no la conoces. Para ti es una rubia encantadora, con grandes ojos azules que reflejan las sensaciones de su alma, como un lago de agua cristalina el cielo, con un talle delicioso y la gracia de los veinte años; pero para mí es esto y mucho más; es la hada que embellece cuanto toca, la niña que alegra el hogar con sus juegos, y la mujer fuerte que inspira amoroso respeto.

Y, no obstante, cuando me casé con ella, la amaba un poco por gratitud; porque ¿cómo resistir á su pasión por mí, tan tiernamente sentida? Entonces me dije:—El hombre necesita una compañera, y encuentro una que me ama; la hijo, pues, mas sin esperanza de mayor bien, sin la más mínima idea de la dicha que me aguardaba.

Entonces estaba enfermo; los médicos se devanaban los sesos buscando el proceso de mi dolencia, pero nunca llegaban á ponerse de acuerdo, pues ignoraban que era resultado de mis tristezas y de mi desesperación. Ahora que el alma está buena, el cuerpo lo está también; mi pulmón se dilata, aspirando los efluvios de la salud; mi cuerpo se robustece, y mi imaginación parece que sale de entre un mundo de sombras.

¿Sabes á qué causa debo esta transformación? Los médicos dirán que á la vida del campo y á los aires marítimos; pero yo sé que es á ella exclusivamente: así es que de mis antiguas lucubraciones aún me queda una á veces. Creo que al morir mi madre, su alma pasó al cuerpo de Mercedes, pues sólo por esta metempsicosis me explico el amor, la ternura adivinadora y los cuidados de que soy objeto.

Juan, soy otro hombre, porque antes era desgraciado y ahora no; pero voy á hacerte una súplica, que es una advertencia: *no me hables jamás de aquello*, como en tu última carta; *no evokes fantasmas* que todavía me conmueven.

Termino, y te envío esta carta dos días después de haberla comenzado.

La empacé siendo feliz, y la acabo en un estado semejante á la locura.

¡Qué abismos pueden abrirse en dos días!

Sondálos bien.

Anteayer, estando escribiéndote, entró Mercedes en mi despacho, y tomándose de la mano, me rogó que fuese inmediatamente á ver una cosa que acababan de mandarle de Madrid.

Me llevé á su gabinete, me enseñó un bulto plano tapado con una tela negra, y me dijo: «Mira.»

Miré.



15.—Muñeca inglesa.
VÉANSE LOS DIBUJOS 16 Y 17.
Explic. y pat., núm. XIII, fgs. 89 á 90 de la Hoja-Suplex. orto.



18.—Abrigo con esclavina y espucha para niños de 7 á 9 años.
Explic. y pat., núm. XII, fgs. 84 á 88 de la Hoja-Suplemento.

19.—Vestido
Explic. y



11.—Delantero del vestido de raso y terciopelo bordado.
Véase el dibujo 12.

13.—Vestido de moaré-pekín.

12.—Vestido de raso y terciopelo bordado. Espalda.
VÉASE EL DIBUJO 11.
Explic. y pat., núm. IX, fgs. 64 á 67 de la Hoja-Suplemento.

14.—Salida de baile.
VÉASE EL DIBUJO 7.
Explic. y pat., núm. II, fgs. 16 á 22 de la Hoja-Suplemento.



21.—Rotonda fr
Explic. y pat., núm. X, fig.



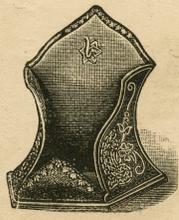
16.—Vestido de la muñeca inglesa.
Véase el dibujo 15.



22.—Acerico-pájaro.



20.—Espalda del vestido de casa para niñas de 3 á 4 años.
Véase el dibujo 19.

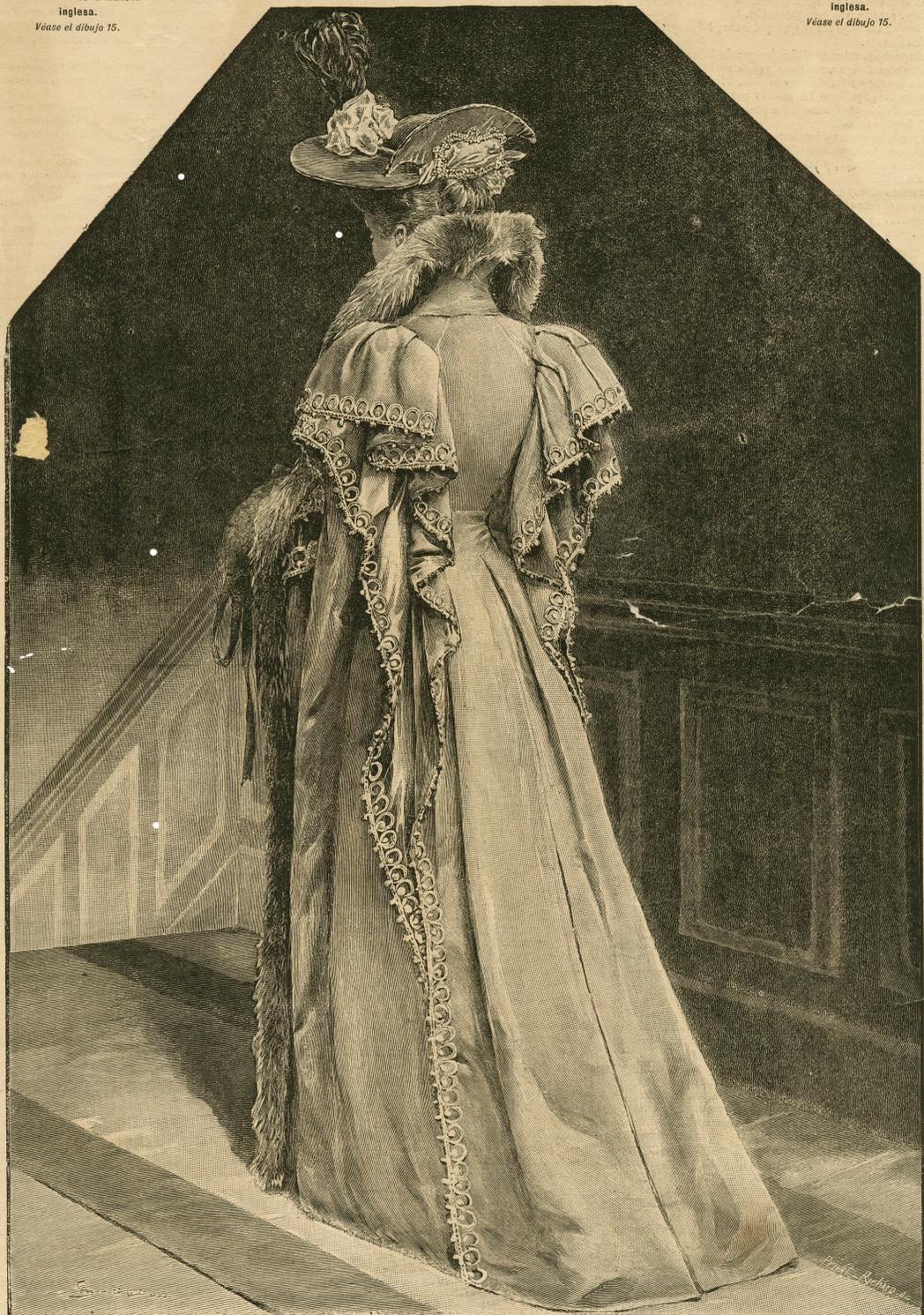


23.—Relojera.



17.—Abrigo de la muñeca inglesa.
Véase el dibujo 15.

19.—Vestido de casa para niñas de 3 á 4 años.
Delantero.
VÉASE EL DIBUJO 20.
Explic. y pat., núm. IV, figs. 30 á 32 de la Hoja-Suplemento.



21.—Rotonda fr... de pieles.
y pat., núm. X, figs. 16 de la Hoja-Suplemento

24.—Abrigo de seda.

Copyright, 1893, by Harper and Brothers

Aquella cosa era un cuadro al óleo. ¿Y sabes lo que representaba? Un retrato de mujer. ¿Y sabes quién es esta mujer? El fantasma, el sueño de amor que cruzó delante de mí aquella tarde en la Exposición, el ideal de tantos años de esperanzas realizado en un solo momento, la mujer de llamas que desprende fuego y que para siempre me abrasó el corazón.

Al ver este retrato quedé como anonadado y fascinado. Anonadado, porque comprendí el golpe que acababa de recibir; porque comprendí que mi castillo de felicidad se hundía, que un abismo surgía ante mis pies atrayéndome vertiginosamente, fascinado; porque.....

Porque ella estaba allí, y yo veía su imagen reproducida por un pintor con desesperada exactitud. La profunda mirada de sus ojos llena de promesas de amor se clavaba en mí con insistencia; su boca sonriente parecía reírse de mí asombro, rayano a la consternación.

Mi mujer me dijo no sé qué palabras, á las que contesté maquinalmente.

¿Comprendes estos terribles juegos de la suerte? Mi mujer tiene una amiga predilecta, y esta amiga es la única que puede acibarar su felicidad y la mía. Vivimos á cien leguas de distancia: el peligro ha pasado para mí; mi corazón se cicatriza de los chispazos de aquel incendio, y viene un rayo y lo pulveriza.

He pensado en revelárselo todo á Mercedes; mas la consecuencia sería inmediata: la fe en el amor se extinguiría en su alma delicada, y la dicha huiría de ella para no recobrarla más.

El retrato desaparecería también, y á mí.... me faltan fuerzas para este sacrificio.

Luego.... lo que tiene que suceder, sucederá. Adiós.—Emilio.

Villa San Joaquín, 16 Mayo.

Adela mía: Te vuelvo á dar las gracias por tu retrato. No sabes con cuánta oportunidad me lo has enviado; él será uno de mis consuelos, pues preveo que voy á necesitarlos.

En mi cielo hay nubes, en mi pensamiento sombras, en mi corazón recelos.

En torno mío gira alguna cosa desconocida.

En el carácter de Emilio hay una transformación visible sólo á los ojos de mi amor.

¿En qué consiste? No lo sé.

Le he sorprendido meditando con la cabeza inclinada; su rostro vuelve á palidecer; su voz al hablar se altera; unas veces parece que huye de mí, y otras me estrecha entre sus brazos con una ternura que me da miedo.

—¿Qué tienes, Emilio?—le pregunté en una ocasión.

—El tardó en responderme, y me contestó:

—Nada, querida mía; lo que todos los años á la primavera; opresión en el corazón por exceso de sangre.

Pero estas inquietudes no eran más que el amago del golpe que iba á recibir.

Mi marido marchó anteayer á Zaragoza por causa de un asunto, según él, urgentísimo é interesante: se trataba de un pleito entablado en compañía de su amigo el Conde de C... referente á bienes que radican en aquella ciudad. Yo le he instado para que me llevase consigo; pero él ha rehusado, alegando razones que no me han convencido, entre ellas: la de que su ausencia va á ser muy breve.

¡Dios lo quiera!

Heme, pues, sola, contando las horas que pasan recorriendo estos sitios que él animaba con su presencia, buscando en vano en la lectura el olvido de mis pensamientos, y esperando su vuelta, ó á lo menos carta suya, con verdadera ansiedad.

Su viaje ha parecido una fuga. Anticipó la hora y me sorprendió en la cama medio dormida. Yo quise vestirme y acompañarle hasta Barcelona, pero él no lo consintió.

¿Qué es esto, Adela mía? ¿qué sucede? ¿Son así las cosas naturales de la vida? ¿Es una puerilidad mía este recelo que me muere en el corazón?

Escribeme pronto, querida mía.—Mercedes.

Madrid, 7 de Junio.

Contínua la novela, mi querida Mercedes, y la verdad es que el protagonista me va interesando. Al principio, cuando al fin reparé en él, aunque él se exhibía todo lo menos posible, le creí un hombre vulgar, de esos que se enamoran por causa de la *tejanía* en que viven, mirándonos como á los astros, desde una distancia inmensa.

Esos locos no aman á la mujer, sino al ser desconocido que vive y piensa de distinto modo que los demás; que habita en un mundo aparte, por más que alguna vez se digne descender á nuestro mundo real.

Sin saberlo, ellos mismos aman en nosotros á nuestros lacayos, á nuestros caballos y á todos los objetos de lujo que nos rodean. Organizaciones altivas y mezquinas á la par, se enloquecen cuando nos contemplan inclinadas en una carretela, y apenas nos otorgarían una mirada si nos codeásemos con ellos, vestidas de percal y confundidas con la multitud.

Pues bien; yo supuse que mi incógnito era uno de esos infelices, y el primer día ni fijé en él mi atención.

Pero mi incógnito no es un hombre que pueda pasar desapercibido. No le he visto más que momentos, y, excepto una sola vez, siempre de noche y al volver del teatro. Es joven, tiene una figura agradable y viste con esa *inducción* que lo mismo puede achacarse á sencillez que á pobreza.

Puede verme con más frecuencia de día, y sin embargo, nunca me lo he encontrado en paseo ni en parte alguna, exceptuando la otra noche que experimenté en mi una cosa que me hizo creer en el magnetismo.

Estaba en una platea del teatro de Apolo, cuando de improviso sentí una impresión extraña, parecida al embarazo que se siente bajo la presión de una mirada fija en nosotros con insistencia. Alcé los ojos sin darme cuenta de lo que hacía, pero sin titubear, y vi al incógnito que clavaba los suyos en mí desde el último piso del teatro.

Aquella mirada no me molestaba y me atraía. Sin duda hubo de hacer algún movimiento de disgusto

notado por él, pues cuando volví á mirar por esta atracción había desaparecido.

La novela no termina aquí.

El miércoles pasado, mamá, Carmen Jimeno y yo fuimos á nuestra quinta del Pardo.

Salíamos de allí poco antes del anochecer. Nuestro coche-ro, que, según supimos después, había hecho algunas libaciones, al poco rato de subir al pescante, donde se tambaleaba, cayó al suelo, dándose un golpe sin consecuencia en una de las ruedas delanteras. Los caballos del tranco, que son de mucho genio, siguieron trotando, y aunque el lacayo, que es un niño, se arrojó del asiento trasero y quiso detenerlos, no lo pudo conseguir.

ANTONIA OPISSO.

Concluirá.

CONCESIONES MUTUAS.

MOMENTOS antes de ponerse el tren en marcha se presentó delante de nuestro vagón un viajero, disponiéndose á subir á él. Eramos ya nueve en el departamento, y para tener siquiera uno de los asientos libre, le dijimos que estaba reservado. Pero el viajero nos dijo amablemente:

—Amigos míos, conozco perfectamente el juego.... Pero, si ha de subir otro cualquiera ó yo, es preferible que sea yo, que por lo menos no fumo ni padezco de asma.... En el mundo hay que hacerse concesiones mutuas.... Crean ustedes muy de veras que siento tenerles que molestar.

Y subió al coche, con dos paquetes muy grandes y una maleta de cuero. Para colocar estos objetos en las redes del coche, fué necesario destruir toda la combinación de paquetes hecha anteriormente por nosotros, y bajar algunos para colocarlos debajo de los asientos, lo cual nos incomodaba no poco las piernas.

Como quiera que esta instalación había introducido gran desorden en el coche, algunos de los viajeros empezaron á murmurar contra el intruso, y no faltó quien exclamara en alta voz:

—¡La verdad es que hay personas muy imprudentes!

—¡Insoportables!—añadieron otros.

Pero el pasajero replicó con amable sonrisa:

—Amigos míos, tenemos que viajar juntos durante muchas horas acaso, y no creo agradable que vayamos disputando.... Juzgo preferible que nos entendamos, mediante concesiones mutuas....

No había contestación posible á tan razonables frases, y todos los viajeros guardaron silencio y echaron mano á sus periódicos para matar el tiempo. Al desdoblarse yo *El Imparcial*, el amable viajero, junto al cual tuve la suerte de ir sentado, exclamó:

—¡Hombre, *El Imparcial*!.... Con las prisas por subir al coche, me olvidé de comprarlo.... Y precisamente hoy que debe traer algo que me interesa directamente.... Si me atreviese á suplicarle.... que por un solo minuto.... Pero tmo abusar....

Yo me apresuré á ofrecerle el diario, que él tomó deshaciéndose en excusas.

Pronto me persuadí de que, efectivamente, le interesaba; pues empezó á leerlo desde la primera línea, acompañando su lectura con exclamaciones y gestos de aprobación unas veces, con palabras dubitativas otras. Acabó la primera página, y pasó á la segunda, que debía publicar, sin duda, noticias estupendas, á juzgar por sus exclamaciones de: «¡Qué horror!.... ¡Parece imposible!.... ¡Pábrejillos!....»

Yo me puse maquinalmente á mirar los accidentes del camino y los postes telegráficos, y cuando, pasado largo rato, volví á mirar á mi vecino, le observé siempre impasible y sonriente, leyendo la tercera plana. De buena gana le hubiera dado un codazo para pedirle mi periódico, pero ¿cómo hacerlo á un hombre tan cumplido y amable?

Y el miserable lo leyó todo, todo, hasta los partidos de pelota, hasta los anuncios y las esquelas de defunción.

Después volvió á plegarlo con sumo cuidado, y me lo ofreció, diciendo:

—Señor mío.... acaso habré abusado.... pero ¡viene el número tan interesante!

Habia vuelto á entrar en posesión de mi periódico, pero cuando comenzaba á anochecer y era imposible la lectura. Me lo guardé en el bolsillo, y no pude menos de exclamar:

—Me alegro, me alegro de haberlo comprado....

Como el tren no se detenía en ninguna estación, todos los viajeros habían llevado provisiones de boca, y las sacaron de sus paquetes. El aspecto del coche en aquellos momentos era verdaderamente curioso: unos, extendiendo periódicos y servilletas sobre las rodillas, comían sirviéndose de los dedos y bebían de la propia botella, dejando el coche lleno de migas de pan, cáscaras de naranja y olores pesados. Otros, metidos tímidamente en sus rincónes, sacaban furtivamente sus provisiones en pedacitos que engullían, teniendo ser observados, y se guardaban los huesos y residuos en el bolsillo.

El hombre amable pareció asombrarse.

—¿Cómo! ¿También usted ha traído provisiones?....

—¡Naturalmente! La marcha del tren no deja tiempo para comer en ninguna parte.

—¡Y yo que lo ignoraba!.... ¡Ea!.... ¡Aquí tiene usted á un hombre fastidiado!

Yo abrí mi saco de noche, limitándome á decir:

—En efecto, es enojoso....

—Y como soy tan metódico, y almorcé á las diez de la mañana, empezaba á sentir un gran apetito.... ¡Diablo! ¡diablo!....

La aventura del periódico me había hecho rencoroso, y no me moví por el pronto; pero no pude arrostrar largo tiempo sus miradas, y le dije al cabo:

—No puedo ofrecerle á usted cosa mayor; pero, en fin, aquí tengo un pollo asado, y lo partiremos como compañeros....

—¡Oh! Es usted amabilísimo; pero no puedo, ni debo, consentir.... Crea usted que de todas maneras le quedo muy reconocido....

—Vamos, sin cumplido....

—No; ya he dicho que no.... En fin, porque usted no se ofenda, tomaré un bocadito....

Y tomó las alas y la pechuga del pollo, dejándome los huesos.

Merendé, por lo tanto, muy mal; pero me sirvieron de postre las amabilidades y bendiciones de mi vecino.

La noche había cerrado, y un quinqué de petróleo iluminaba, bien mal por cierto, las actitudes de los viajeros que intentaban dormir.

—Es evidente, mi querido señor—dijo el vecino—que vamos á pasar una noche deplorable.... Pero acaso con mi sistema de mutuas concesiones, apoyándonos uno contra otro....

Y antes de que hubiera podido contestarle, ya se había dejado caer sobre mi hombro, diciendo:

—Así, por ejemplo.

Iba á protestar, por hallarme mucho más incómodo que antes; pero tuve la debilidad de no hacerlo instantáneamente, y cuando traté de poner remedio observé que se había dormido.

¡Y dormía tan tranquilamente, y sin que sus labios perdieran su eterna sonrisa!.... Era aquel sueño tan dulce y angelical, que ante él habían de desaparecer siempre las miserias todas de la vida. No turbé, pues, la calma de aquel sueño, y aguanté el peso sobre el hombro, aunque me molestaba horrosamente. Tenía el brazo entumecido, y sin atreverme á moverlo, para que no se despertase el vecino....

Así pasaron no sé cuántas horas, hasta que al cabo se apoderó de mí una somnolencia extraordinaria; pero apenas empezaba á quedarme adormilado, cuando me despertó mi vecino al enderezarse, exclamando:

—¿Pues no creo que me he dormido?.... Y usted, amigo mío, ¿ha podido descansar algo?

Contesté con un gruñido, y el miserable prosiguió:

—Estos coches españoles son detestables.... ¿Conoce usted los de Inglaterra y los de los Estados Unidos, estos últimos especialmente?

—No.

—Pues no he podido descansar.... ¡Tengo todos los huesos doloridos!.... Y ya las dos de la madrugada.... ¿Sospechaba usted siquiera que fuese tan tarde?

Hubo un momento de silencio, durante el cual creí que me dejaría al cabo tranquilo; pero el verdugo continuó:

—A estas horas estarán durmiendo todos en mi casa....

Carlos, el mayor, estaba ya latín, y en el mes de Septiembre ha sido aprobado, después de su fracaso de Junio; Luisito escribe ya en tercera, y se sabe el Fleury de cabo á cabo.... A éste le dedicaré á la carrera de Arquitectura, porque en ella se gana mucho, según dice el primo de mi mujer, que es arquitecto municipal.

.....

A las seis de la mañana, cuando el simpático compañero de viaje se bajó en una de las estaciones, le ayudamos á bajar y le entregamos todos los bultos de su equipaje.

—Ya ve usted—nos dijo al despedirse—con qué razón les hice ayer algunas observaciones.... Hubiéramos podido hacer un viaje muy desagradable—enojados y disputando; y al cabo nos hemos arreglado perfectamente.... Como que la vida sería un semillero de disgustos si no nos hicieran los todos concesiones mutuas!....

LUCAS DÍEZ.

LA VIRGEN MARÍA.

SONETO.

Es la estrella divina que en el cielo
Muestra al hombre el sendero de la gloria,
La mujer más perfecta de la historia,
La creación más hermosa de este suelo.
Al invocar su nombre con anhelo
Logran los hombres la inmortal victoria,
Pues no hay alma que invoque su memoria
A quien ella no otorgue algún consuelo.
Su imagen sacrosanta sola y triste
El poder de los siglos desafia;
A la humana razón tenaz resiste,
Puesto que hasta la misma duda impía,
Que ha llegado á negar que Dios existe,
Ha respetado el nombre de María.

ALFREDO ULECIA.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR.

Exclusivamente serán contestadas en este sitio las consultas que, sobre asuntos propios de las secciones del periódico, se sirvan dirigirlas las Señoras Suscriptoras á la edición de lujo y á la 2.ª edición, demostrando esta circunstancia con el envi de una faja del periódico, ó por cualquier otro medio.

Las consultas que se nos dirijan en *carta anónima*, ó que vengan firmadas por personas que no demuestren debidamente ser suscriptoras á las citadas ediciones, no serán contestadas.

Á UNA HUÉRFANA IGNORANTE.—No es nunca conveniente que los guantes se compren estrechos, pues este sistema no es bonito ni económico.